

Enigmas de la revolución iraní

FRED HALLIDAY*

LA VANGUARDIA, 3.03.09

Hace treinta años, en febrero de 1979, el mundo fue testigo de la espectacular culminación de la revolución iraní, con la caída del hasta entonces poderoso régimen del sha Mohamed Reza Pahlevi, el regreso a Irán del exilio del ayatolá Jomeini y la creación de un nuevo Estado, la República Islámica de Irán. Treinta años no es mucho para un régimen revolucionario - el de Cuba acaba de cumplir su medio siglo y el de Rusia duró setenta años-,pero es tiempo suficiente para considerar con perspectiva más sosegada uno de los acontecimientos más inesperados, dramáticos, y, al menos en Oriente Medio, más influyentes de los tiempos modernos.

Al considerar revoluciones y cambios políticos y sociales importantes - y tal fue el caso de Irán en 1978-79-,como también guerras o grandes ataques terroristas, suele ser aconsejable empezar con alguna comparación: por más que se diga que todas las revoluciones son hechos únicos y singulares, un análisis más pormenorizado revela sus similitudes; además, la comparación permite identificar aspectos singulares e inéditos.

En cinco aspectos importantes, la revolución iraní puede compararse con precedentes históricos - Francia en 1789, Rusia en 1917, China en 1949, Cuba en 1959-.En primer lugar, se creó una amplia coalición de fuerzas de la oposición para derribar a un régimen dictatorial, sobre la base de agravios históricos o sentimientos nacionalistas frente a un Estado o un gobernante. La coalición liderada por la figura de Jomeini

incluía un arco de fuerzas que abarcaba desde elementos progresistas y marxistas hasta conservadores y religiosos: una clásica alianza populista. En segundo lugar, la victoria de la revolución exigía - y se vio facilitada por ello-la fragilidad del poder y la división en el seno del Estado. En tercer lugar, la revolución no fue sólo un episodio político, en el sentido de un cambio de élites o del sistema, sino un acontecimiento de profundas repercusiones que aún persisten y que diferencian meros golpes de Estado o rebeliones de grandes revoluciones. Irán cuenta con un nuevo orden y valores sociales, además de una nueva élite revolucionaria y una *nomenklatura* islámica unida por lazos de poder, económicos y matrimoniales. En cuarto lugar, y aunque propuso un nuevo orden radical e igualitario, se apoyó también en ideas preexistentes, sobre todo en el nacionalismo y en un sentido de la misión histórica del país. Jomeini, al principio, se negó a utilizar la palabra *mihan* o suelo patrio y denunció el nacionalismo laico como un insulto al islam, pero con la invasión iraquí de 1980 todo cambió y él y otros dirigentes favorecieron el empleo del término utilizado por los revolucionarios franceses en el decenio de 1790, *la grande nation*; en farsi, *millet i bozorg*.

La revolución tuvo explosivas consecuencias internacionales, que condujeron a intentos de exportar la revolución a países vecinos y azuzar la guerra entre otros países; en el caso iraní, contra Iraq. Igual que en los casos de Francia y Rusia, la revolución iraní cobró el cariz de un imperio redivivo. Sadam Husein vilipendió a Jomeini; la preocupación del rey Abdalah de Jordania por una nueva media luna chií trasluce una hostilidad hacia Irán basada en imágenes de épocas pretéritas. Como en el caso ruso, las secuelas de la revolución iraní pesaron más sobre la política y el carácter del sistema en vigor que el estricto episodio revolucionario.

La revolución iraní presenta también aspectos de carácter único y original. Es el caso en lo que respecta al liderazgo, la ideología y los objetivos de esta revolución: no se trata aquí del radicalismo laico de revoluciones anteriores, todas herederas de 1789, sino de una revolución bajo la bandera del islam, de liderazgo religioso y un objetivo evidente no de avanzar hacia un nuevo futuro, de tipo progresista, sino de volver al modelo del islam, puritano y elemental, de la época del Profeta.

Las ideas religiosas de la revolución iraní, y la aplicación a la política moderna de términos e imágenes tomadas del Corán, no deben, sin embargo, tomarse totalmente al pie de la letra. Por supuesto, el papel del islam ha tenido un impacto importante en los valores sociales de la república islámica, en lo que respecta a las mujeres, la ley y el estatus del estamento religioso. Al mismo tiempo, cabe observar que el programa e iniciativas de Jomeini y sus colaboradores presentan similitudes con otras turbulencias sociales modernas: en su apelación a las masas de pobres, *mostazafin*, a movilizarse contra las élites corruptas y con vínculos extranjeros, *mostakbarin*; en el culto del líder -- el título oficial de Jomeini, totalmente secular, fue *rahbar inqilab va bonyadgozar i jumhuri yi islami* (líder de la revolución y fundador de la república islámica); en su movilización del sentimiento nacionalista en un país invadido de manera unilateral, por Rusia y Gran Bretaña, en ambas guerras mundiales, en el análisis del mundo en términos de una justa lucha de los pueblos oprimidos, entre los que Jomeini incluyó a Sudáfrica y Nicaragua, contra una potencia dominante. Aunque no usó la palabra imperialismo, Jomeini empleó en su día un término coránico adecuado como sucedáneo, *istikbar i jahani*, arrogancia global.

Los revolucionarios islámicos de 1979 hicieron lo que hacen todos los revolucionarios; es decir, derribar a un gobierno opresor y aplastar no sólo a sus oponentes, sino a todos los disidentes en el seno del régimen para imponer un nuevo régimen autoritario. El modelo seguido por la república islámica no es el de La Meca y Medina en el siglo VII, sino el de París en el decenio de 1790 y el de Moscú y San Petersburgo en el decenio de 1920.

El énfasis en el carácter religioso singular de la revolución iraní también puede inducir a error al analista, al oscurecer los otros rasgos distintivos de este acontecimiento. Al menos en otros tres aspectos, los acontecimientos de 1978-1979 fueron diferentes de sus precursores históricos. En primer lugar, esta revolución no se basó en la fuerza, la insurrección militar o la guerra de guerrillas, sino en la política, en particular en los dos instrumentos que los revolucionarios europeos habían soñado en emplear ellos mismos: la movilización de masas y la huelga general política que, desde octubre de 1978, paralizó la economía y el comercio exterior. Este factor, no el atuendo religioso, fue quizá el más paradójico y original de la revolución iraní: en su forma y proceso político --y pese a todos sus modos religiosos y tradicionales--, fue *la primera revolución moderna*.

En segundo lugar, en todos los casos anteriores, el debilitamiento del Estado, condición indispensable de la revolución, se había visto facilitado por presiones extranjeras y, en especial, la derrota militar o la invasión. En el caso de Irán, no ocurrió nada de esto: Irán contó con apoyo de Estados Unidos hasta el final, como también China, en tanto que los rusos no sabían qué hacer o pensar; ningún Estado apoyó a los

revolucionarios y el ejército del sha no había sido derrotado militarmente. Por último, fue una revolución bien organizada, a través de una red de mezquitas y comités locales, pero que no disponía de partido revolucionario ni logró posteriormente afianzar ninguno como hicieron los cubanos: el breve experimento con un partido gobernante después de 1979, el Partido Islámico Republicano, pronto se desvaneció.

Al observar su perfil sobre el horizonte de sus inicios, el Irán actual muestra la faz de otro ejemplo de revolución que se aproxima a su edad madura pero que dista ciertamente de abandonar o darse por vencida. En el plano interno, en un clima posrevolucionario mucho más libre y diverso que el observado en cualquier otra revolución --aunque, si se tercia, con violencia, crueldad e intimidación a la vuelta de la esquina--, cabe oír todo un abanico de opiniones e interpretaciones del programa revolucionario. Las elecciones presidenciales del próximo mes de junio serán importantes al respecto, pero, dada la pluralidad existente de centros de poder y opiniones, no determinantes.

Irán, como sus homólogos imperiales, Francia, Rusia y China, persigue una política exterior *dual*, que combina las aspiraciones regionales y la influencia militar con la continua promoción del radicalismo en países vecinos. El pueblo de Irán, Oriente Medio y el mundo aún no han oído la última nota de la melodía de la revolución islámica y de esta *gran nación*.

*F. HALLIDAY, profesor investigador de la Institució Catalana de Recerca i Estudis Avançats (Icrea) en el Institut de Barcelona d'Estudis Internacionals (IBEI)

Traducción: José María Puig de la Bellacasa